

# AGAMENÓN Y EL DESTINO BURLÓN

**“Un análisis estructural del héroe griego Agamenón,  
en La Orestíada de Esquilo”**



EL PRIMER PUNTO DE COMPARACIÓN QUE ENCONTRAMOS EN LA TRÁGICA MUERTE DE AGAMENÓN CON EL PSICOANÁLISIS DEL MITO QUE REALIZA JOSEPH CAMPBELL EN *EL HÉROE DE LAS MIL CARAS* ES “EL HÉROE COMO REDENTOR DEL MUNDO”, “EL HÉROE COMO EMPERADOR Y COMO TIRANO” Y “EL HÉROE PRIMORDIAL Y EL HÉROE HUMANO”.

La figura de Agamenón se acomoda perfectamente, como dice Joseph Campbell, a los patrones de la iconografía religiosa, especialmente, a los que corresponde a los denominados “redentores del mundo”.

He aquí una sinopsis de cada uno de ellos:



## El héroe como redentor del mundo

Él también sacrificó a su hijo como lo hizo Dios con Jesús en pos de una meta superior, en este caso, para el supuesto beneficio de toda Grecia. Pero a diferencia de lo que ocurre en la iconografía cristiana, donde allí el Padre sacrifica a su Hijo para salvar a toda la humanidad, el sacrificio que hace Agamenón con su hija Ifigenia no responde a una salvación de tipo universal, sino más bien a una ambición de tipo egoísta y personal; aunque también hay que ver que para los antiguos

griegos Grecia era considerada “el centro del mundo”, por lo que no es extraño que Agamenón –al igual que todos los griegos- tuviera por concepto de “humanidad” solamente a su amada Nación, entendiéndose así la idea narcisista que tenía este belicoso rey de reyes de “salvación universal”.

Agamenón era un rey muy ambicioso, y esta búsqueda de salvación personal-universal puede verse perfectamente retratada cuando ocurrió el conflicto con Helena, la causante femenil que desencadenara la famosa guerra literaria. El gran conquistador vio allí la oportunidad ideal para derribar las murallas de Troya y expandir las fronteras de su propio poderío, que no era otro poderío que el de su dorada Grecia, la única nación que tenía valor de existencia para ellos, para los antiguos griegos. Agamenón entró a Troya con cincuenta mil hombres pero, en el fondo de sus ambiciosos y colosales proyectos, lo que menos le importaba era rescatar a la esposa de su hermano Menéalo; lo que él quería era convertir a Troya en cenizas, aunque para ello tuviera que asesinar a todos los troyanos que se interpusieran en su camino hacia el poder.

La comparación del héroe griego con la del Dios cristiano solo llega hasta la escena de “el sacrificio del hijo”, pero, como vemos aquí, con enormes diferencias.

## El héroe como emperador y como tirano

**E**l gran guerrero y rey de Mecenas regresa victorioso a su palacio sin saber que, en la esencia del mismo retorno, el destino le tendría preparado un giro tan fatal como inesperado. Porque en las tragedias griegas el destino siempre es paradigmático, “burlón”, diríamos nosotros. ¿Quién hubiese pensado que el gran conquistador, el valeroso general que convirtió a Troya en cenizas iba a alcanzar un final tan ordinario e indigno para un guerrero de su envergadura?

Así y todo nos preguntamos, ¿cómo puede un rey de la talla de Agamenón no encontrar la muerte en combate, a manos de un diestro y avezado enemigo, sino al regresar a su hogar, en la intimidad de su aposento y a manos de su páfida y vengativa esposa? Pareciera ser que en la misma estructura de la neurosis el destino tiene ese carácter o ribete irónico (al que nosotros llamamos “burlón”) y que tanto los héroes como las personas más comunes pueden o saben eludir. Son esas trampas o piedras del destino con las que suele tropezar en la vida todos los ser humanos. Al menos una vez.

Hasta él, el incomparable Agamenón, gran vencedor de Troya, tuvo su batalla personal con el famoso Aquiles. Tanta suerte tuvo el ambicioso Atrida que, incluso, hasta logró salvarse de las garras del irascible guerrero cuando amenazó con arrebatarle a Griseida -la esclava troyana que aquel había conseguido como botín de guerra- como una forma de persuasión para que entrara en la Guerra de Troya. Este mismo incidente, el del desenlace trágico y tristemente burlón del que fue objeto el gran Agamenón, es narrado por Ulises en la Odisea.

En el Canto XI, “El descenso a los infiernos”, Ulises ve llegar la apesadumbrada alma del Atrida Agamenón y a su alrededor congregadas cuantas otras almas había perecido con él y recibido su destino en casa de Egisto. Entonces le pregunta Ulises: “¿es que te sometió en las naves Poseidón, levantando inmenso soplo de crueles vientos?” A lo que Agamenón le responde: “...no me ha sometido Poseidón en las naves, ni me hirieron en tierra hombres enemigos, sino que Egisto me urdió la muerte y el destino, y me asesinó en compañía de mi funesta esposa, invitándome a entrar en casa, recibíndome al banquete, como el que mata a un novillo junto al pesebre. Así perecí con la muerte

más miserable...”. Y agrega: “¡Y yo que creía que iba a ser bien recibido por mis hijos y esclavos al llegar a casa!”.

Este contraste tan patético y humillante que nos marca Esquilo en la figura del propio protagonista pareciera, adrede y con especial empeño, ridiculizar la estampa del glorioso héroe. Es como si el autor quisiera mostrarnos que hasta en la madera de un gran rey y guerrero existe un punto ciego que lo vuelve, a los ojos del espectador y de su propia sombra, no solamente un ser mortal, sino también un ser totalmente *humano*, con los problemas, rasgos y vicisitudes propios que puede padecer en la vida cualquiera que se precie de ser neurótico.

Tal vez sea esa la manera que tiene el poeta de *humanizar* al héroe, de volverlo a lo que realmente es y a lo que en realidad nunca dejó de ser para su idealizada concepción del alma humana: un hombre. Un hombre simple y ordinario. Un hombre que, tras una vida heroica y llena de hazañas, puede sin embargo terminar con un destino vulgar y *miserable* como el de cualquier hombre común y corriente.

## El héroe primordial y el héroe humano

El sentido *burlón* o *burlesco* del destino al que nos referimos anteriormente queda veladamente enraizado en la estructura de cada tragedia, por misma peripecia de la historia que se cuenta. El héroe, para Esquilo, siempre es artífice de su propio destino, pero es en este giro, inesperadamente brusco e impensado, donde la historia cambia de rumbo y el héroe deja de ser sujeto de su propio deseo para convertirse en objeto de un hado desfavorable, a su propio deseo.

Lacan dice en algún lugar de sus famosos *Escrit*: “El neurótico es gozado por el lenguaje”, por lo que “gozado” puede entenderse aquí como “burlado”. Pues bien, el destino irreversible y paradójico que en la tragedia griega “goza” o “burla” a los héroes y protagonistas de las historias no es muy diferente a las burlas no las malas pasadas que les hace el inconsciente a los mortales neuróticos.

Freud comprendió muy bien y desde el comienzo de sus investigaciones sobre la neurosis que el sujeto, como sujeto del inconsciente, se hallaba atravesado en su discurso por el mito. Algo que demostró al retomar desde la perspectiva psicoanalítica el mito de Edipo. El deseo primero de todo infante es: matar al padre y acostarse con la madre, algo que Freud vislumbró muy bien en el corazón de la tragedia de Sófocles. Si el destino se burla de nosotros es porque goza con el fracaso de nuestro deseo, y por ende, de nuestra existencia como sujetos deseantes, pues es allí donde triunfa el deseo del otro, aplastando el nuestro por el medio, es donde tiene lugar el llamado “goce del otro”.

Freud lo expresó profusamente en “Psicopatología de la vida cotidiana”, especialmente en un artículo que denominó “El chiste y su relación con el inconsciente”, donde ha dejado expuesto el otro sentido que se desliza en el chiste y que produce el efecto de comicidad. Al parecer hay allí algo que verdaderamente nos goza al convertirnos en objetos del deseo del otro, quedando burlado nuestro propio deseo. Tal vez sea algo de esto lo que quede de manifiesto en el llamado “Camino del Héroe”, un sino inexorable y paradójico del que nadie logra escapar –y mucho menos cuando lo que se intenta es burlar la predestinación de ese destino-, como es el caso de Edipo, por ejemplo, que cuanto más quiso evadir su trágico final fue cuando más lo cumplió.

En este sentido y ya para finalizar, recordamos algo que creemos ver en sintonía con ese carácter tan singularmente irónico y burlón –y especialmente *fatal*- que posee el camino del heroe en la ficción de la tragedia griega. Borges dice en un poema dedicado especialmente para el prólogo de una versión del I Ching:

“El porvenir es tan irrevocable  
Como el rígido ayer. No hay una cosa  
Que no sea una letra silenciosa  
De la eterna escritura indescifrable  
Cuyo libro es el tiempo. Quien se aleja  
De su casa *ya ha vuelto*. Nuestra vida  
*Es la senda futura y recorrida. (...)*”

HUGO CUCCARESE

Hugo Cuccarese